

José Smith, esposo, padre, hijo y hermano

"ESTABA CON MI FAMILIA"

por Brent L. Top

Los Santos de los Últimos Días hemos oído a menudo a los líderes de la Iglesia hablar sobre la forma de unir el hogar y fortalecer las relaciones familiares. El presidente David O. McKay dijo: "Ningún éxito puede compensar el fracaso en el hogar". Y el presidente Harold B. Lee expresó lo siguiente: "Hermanos, la labor más grande que podáis realizar en la obra del Señor como padres es la que llevéis a cabo dentro de las paredes de vuestro propio hogar". Estas expresiones inspiradas han llegado a ser en la Iglesia observaciones muy conocidas con respecto a la felicidad marital y familiar.

El Profeta actual de la Iglesia, el presidente Ezra Taft Benson, nos advierte continuamente sobre los intentos que hace la sociedad moderna por minar la fortaleza de la unidad familiar. En las últimas conferencias de la Iglesia, el presidente Benson ha dado instrucciones específicas a los padres, los hermanos, los cónyuges y los hijos.

Esas fervientes exhortaciones de los profetas a que incrementemos el amor que sentimos por nuestra familia y nos esforcemos por asegurar la armonía del hogar no son nuevas ni particulares del siglo veinte, sino que reflejan el significado eterno de la familia en el plan de nuestro Padre. Celestial para que tengamos felicidad en la tierra y logremos la salvación eterna.

Son pocos los hombres que han entendido el lugar que le corresponde a la vida familiar en el plan eterno tan completamente como José Smith, el Profeta de la Restauración. No sólo recibió instrucción de los cielos en cuanto al lugar de la familia eterna desde el punto de vista



doctrinal, sino que, más importante aún, puso en práctica esas verdades eternas aplicándolas a actos de amor, ternura y sincero interés por su propia familia.

Benjamín F. Johnson, que vivió un tiempo en la casa del Profeta, quedó profundamente impresionado por el ejemplo afectuoso de éste. Más adelante, escribió lo siguiente: "Era el más noble de los hijos al honrar a sus padres y demostrarles su amor; era un hermano cariñoso y leal, aun hasta la muerte; y su devoción como esposo y padre era superada sólo por la que sentía hacia Dios" (The Benjamín F. Johnson Letter to Élder George S.

Gibbs, pág. 4- Folleto del Departamento Histórico de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días).

El afecto y la devoción del profeta José Smith por su familia puede inspirar a los Santos de los Últimos Días a esforzarse por ser la clase de hijos, hermanos, cónyuges y padres que los profetas han aconsejado que seamos.

LA OBEDIENCIA A LOS PADRES

Desde niño, el profeta José Smith fue un ejemplo de esta admonición de Pablo: "Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo" (Efesios 6:1). El les obedecía en todo, no porque les temiera sino por el

Los momentos en que José Smith estaba con su familia se cuentan entre los más felices de su vida. El 27 de marzo de 1834 escribió lo siguiente en su diario: "Me quedé en casa y pasé un tiempo muy feliz con mi familia".



R.T. BARRETT

profundo amor que les tenía. Un acontecimiento que ocurrió en su niñez ilustra los tiernos sentimientos que ellos le inspiraban. Una enfermedad de los huesos le había causado una infección muy dolorosa en una pierna; después de pasar varias semanas de intenso sufrimiento y de haber fracasado los intentos de los médicos de aliviar la condición, éstos llegaron a la conclusión de que debían amputarle la pierna; pero cuando el niño y la madre se negaron a aceptar la decisión, los facultativos acordaron intentar una operación más. Para ello, se proponían atarlo a la cama y darle a beber algún licor fuerte con el fin de adormecerlo para que no sintiera tanto el dolor. La respuesta que él les dio, de la cual guardó registro la madre del Profeta, Lucy Mack Smith, denota claramente la confianza que tenía en su padre y el afecto y consideración que sentía por su madre:

" 'No', respondió José, 'no tocaré una gota de licor ni quiero que me aten a la cama; pero les diré lo que quiero hacer: Quiero que mi padre se siente en la cama y me tenga en sus brazos, y entonces haré lo que sea necesario para que me extraigan el hueso infectado'. Y dirigiéndose a mí, dijo: 'Mamá, quiero que te vayas del cuarto, porque sé que no puedes verme sufrir; papá lo soportará, pero tú has sufrido tanto conmigo y has velado por mí durante tanto tiempo que estás a punto de quedar postrada por el agotamiento'. Y mirándome fijamente, con los ojos llenos de lágrimas, agregó: 'Mamá, ¿me prometes que no te quedarás? El Señor me ayudará a soportarlo y todo saldrá bien' " (Lucy Mack Smith, *History of Joseph Smith by His Mother*, ed. por Preston Nibley, Salt Lake City: Bookcraft, 1958, pág. 57).

Años después, un día de la primavera de 1820, cuando el joven Profeta salió de la arboleda en la que había tenido una sagrada experiencia (la Primera Visión), su primer pensamiento fue compartir con su familia el conocimiento que había adquirido de la verdadera naturaleza de Dios y el mensaje de la futura restauración del evangelio. Tres años y medio más tarde, cuando habló con los suyos sobre las instrucciones que había recibido del ángel Moroni, su madre escribió el siguiente comentario:

"Recibimos entonces la confirmación de nuestra idea de que Dios estaba a punto de revelar algo en lo cual podíamos afianzar nuestras creencias, o sea, que El nos daría un conocimiento más perfecto del plan de salvación y redención de la familia humana. Esto nos causó gran regocijo, la unidad y la felicidad más dulces prevalecieron en nuestro hogar y reinó entre nosotros una profunda calma" (*History of Joseph Smith by His Mother*, págs. 82-83).

MENSAJE PARA LAS FAMILIAS

De la misma manera, los hogares de los Santos de los Últimos Días pueden y deben estar llenos de gozo, felicidad y calma si en ellos brilla abundantemente la luz del Evangelio de Jesucristo y se practican constantemente sus principios. El evangelio es, indudablemente, un mensaje para la familia.

Línea por línea y precepto por precepto, el Señor le enseñó a José Smith que el evangelio se había restaurado con el fin de unir eternamente a las familias. A la mañana siguiente de haber recibido la visita del ángel Moroni, el Profeta se encontraba trabajando en el campo con su padre y uno de sus hermanos; como se hallaba muy fatigado por la experiencia que había tenido durante la noche, le era muy difícil trabajar. Suponiendo que estaba enfermo, el padre lo mandó de regreso a casa. De acuerdo con lo que cuenta su madre, sintiéndose muy débil José Smith se recostó a descansar a la sombra de un manzano. Allí mismo, se le apareció otra vez el ángel Moroni y lo primero que le dijo fue: "¿Por qué no le dijiste a tu padre lo que mandé que le dijeras?" El jovencito le respondió: "Porque temía que no me creyera". El mensajero celestial le prometió entonces: "Tu padre creará todo lo que le digas" (*History of Joseph Smith by His Mother*, pág. 79).

Moroni le dio instrucciones precisas de que contara a sus padres las experiencias que tenía y el nuevo conocimiento que había adquirido; los que había recibido con el propósito de que las familias, incluso la suya propia, fueran bendecidas y exaltadas. No hay duda



Después de la experiencia que tuvo en la Arboleda Sagrada, el joven José Smith habló con su familia del conocimiento que acababa de recibir.

de que esto tiene que haber hecho que se profundizara el cariño del Profeta por sus padres y aumentara su confianza en el apoyo que ellos le darían. Cuando le relató la visita de Moroni a su padre, éste le respondió fielmente que la experiencia que había tenido "era de Dios" (José Smith—Historia 1:50). Esa respuesta fue una característica de la fe y la confianza que los padres del joven Profeta tuvieron siempre en él, a través de todas sus pruebas.

SOBREPASABA LAS BARRERAS DE LA MUERTE

José Smith daba gran valor a la fidelidad y al apoyo constante de sus padres, como lo indican las humildes súplicas que elevó al Señor en 1835, sobre la mala salud de su padre: "Durante todo este día lo he cuidado, elevando mi corazón en súplica a Dios, en el nombre de Jesucristo, de que le restaure la salud, que yo pueda gozar de la bendición de la compañía y el consejo de mi padre, puesto que considero que una de las más grandiosas bendiciones terrenales es contar con la presencia de los

padres, cuyos años maduros y experiencia los capacitan para ofrecer los consejos más irreprochables" (*History of the Church*, 2:289).

Aun en los momentos en que se encontraba más ocupado por sus responsabilidades de Profeta y Presidente de la Iglesia, se manifestaban su preocupación e interés en su familia y en sus padres. Las anotaciones en su diario, del 8 al 11 de octubre de 1835 —cuando acababa de comenzar otra vez la traducción de los escritos de Abraham—, indican la preocupación que le causaba la salud de su padre y el hecho de que no había otra cosa más importante para él en ese momento:

"Jueves 8. He estado en casa. Atendí a mi padre con gran ansiedad.

"Viernes 9. En casa. He estado cuidando a papá.

"Sábado 10. En casa. Fui a casa de mi padre, a visitarlo; se está debilitando muy rápidamente.

"Domingo 11. He estado otra vez cuidando a papá, que está muy enfermo. En mi oración personal de esta mañana, el Señor me dijo: 'Mi siervo, tu padre vivirá'...

"Por la noche vino el hermano David Whitmer. Suplicamos al Señor con oración ferviente, en el nombre de Jesucristo, y, con las manos sobre la cabeza de mi padre, reprendimos a la enfermedad. Dios escuchó y contestó nuestras oraciones, para gran gozo y satisfacción de nuestras almas" (*History of the Church*, 2:289).

Así como quería a sus fieles padres y se preocupaba por ellos, el cariño que sentía José Smith por sus hermanos sobrepasaba las barreras de la muerte. El afecto y respeto que demostraba a Alvin, su hermano mayor, son un ejemplo. Antes de su muerte, ocurrida en 1823, Alvin pidió a José y a Hyrum que terminaran la casa que él había empezado a construir para sus padres; también exhortó al Profeta a permanecer fiel en la labor de sacar a luz la obra del evangelio (*History of Joseph Smith by His Mother*, págs. 86-87). José Smith cumplió con diligencia ambas peticiones. En la historia de su vida, con fecha del 22 de agosto de 1842, el Profeta expresó el profundo amor y la admiración que sentía por su hermano mayor:

"Recuerdo muy bien las punzadas de dolor que me llenaban el pecho y parecían romper mi corazón sensible

cuando él murió. Era el mayor y también el más noble de los miembros de mi familia. Era uno de los más nobles entre los hijos de los hombres" (citado en *History of Joseph Smith by His Mother*, pág. 333).

Qué gozo indescriptible debe de haber sentido el 21 de enero de 1836, en el Templo de Kirtland, cuando vio en una visión a sus seres queridos en "el reino celestial de Dios... Vi a Adán, nuestro padre, y a Abraham, y a mi padre, y a mi madre, y a mi hermano Alvin, que hace mucho tiempo había muerto" (D. y C. 137:1, 5).

También sintió profunda tristeza cuando murió otro de sus hermanos, Don Carlos, en 1841. Hablando después en el funeral de Ephraim Marks, José Smith expresó su sincero pesar con estas palabras:

"Este es un momento triste y solemne; nunca he sentido mayor solemnidad. Me recuerda la muerte de mi hermano mayor, Alvin, que falleció en Nueva York, y la de mi hermano menor, Don Carlos, acaecida en Nauvoo. Ha sido penoso para mí estar en esta tierra y ver a esos jóvenes, en los cuales nos apoyábamos en busca de respaldo y consuelo, arrebatados de nuestro lado en la flor de su juventud" (*History of Joseph Smith by His Mother*, pág. 333).

"DEMOSTRANDO MAYOR AMOR"

El dolor que sintió el Profeta ante la muerte de esos dos hermanos tan queridos quizás haya sido superado por el dolor que le ocasionó otro suceso que ocurrió con otro de sus hermanos. Después de un desacuerdo aparentemente trivial, su hermano William se volvió en contra de él, se apartó de la Iglesia y se unió a otros apóstatas para declarar públicamente que José Smith era un "profeta caído"; el daño mayor, en realidad, lo sufrió la familia. El mismo describió la colérica separación de William:

"Fue a nuestra casa paterna y esparció la semilla de la iniquidad entre mis hermanos, influyendo especialmente en la opinión de mi hermano Samuel. En seguida supe que William andaba por las calles calumniándome, y no tengo dudas de que nuestros enemigos deben de haberse regocijado por ello" (*History of the Church*, 2:297).

A pesar de la herida causada por el hermano rebelde pero igualmente querido, José Smith no sentía deseos de revancha, ni odio, ni amargura; sólo había en su corazón paciencia y espíritu de perdón. Su comportamiento con su hermano ejemplifica a la perfección el sabio consejo del Señor de demostrar "mayor amor hacia el que has reprendido, no sea que te considere su enemigo; para que sepa que tu fidelidad es más fuerte que los lazos de la muerte" (D. y C. 121:43-44).

Daniel Tyler, un hermano que asistió a una reunión con José Smith poco después de la apostasía de William Smith y de las amargas acusaciones de éste contra su hermano, nos dejó este conmovedor relato de la tristeza del Profeta por la rebeldía de William Smith:

"Su semblante se veía triste y las lágrimas le corrían por las mejillas. Poco después, cantamos un himno y él dio comienzo a la reunión con una oración; pero, en lugar de colocarse de frente a los asistentes, se puso de espaldas y se postró de rodillas, dando la cara a la pared. Supongo que haría esto para ocultar su dolor y sus lágrimas.

"Aquella oración, que en gran parte estuvo dedicada a los que lo acusaban de haberse extraviado y caído en el pecado y en que suplicaba al Señor que los perdonara y les abriera los ojos para que vieran la realidad, tuvo la sabiduría y la elocuencia propias de los cielos" (*Juvenile Instructor*, 15 de febrero de 1892, pág. 127).

El hecho de que él diera tanta importancia a la unidad espiritual de la familia es otro detalle que indica la grandeza del Profeta; por ese motivo, prevalecieron el afecto y la disposición a perdonar. Cariñosa y pacientemente, él ayudó a su hermano a regresar al seno familiar y a la actividad en la Iglesia, a pesar del daño que le había hecho a él y a los miembros de la Iglesia.

EL AMOR "MÁS FUERTE QUE LA MUERTE"

No había lazos de afecto y de unidad más fuertes entre hermanos, amigos o líderes de la Iglesia que los que unían a José Smith y su hermano Hyrum. El Profeta escribió lo siguiente: "Con todo el corazón rogaría que



El amor y la preocupación del Profeta por Emma, su esposa, se hace evidente en la forma en que velaba por ella cuando estaba enferma, atendiéndola solícitamente y orando por su salud.

todos mis hermanos fueran como mi muy querido hermano Hyrum, que posee la mansedumbre de un cordero y la integridad de un Job, o, en otras palabras, la mansedumbre y humildad de Cristo; y yo lo quiero con ese amor que es más fuerte que la muerte, porque nunca me ha dado motivo de reprensión, ni yo a él" (*History of the Church*, 2:338).

Si todos los hermanos pudieran seguir las huellas del profeta José Smith y quererse el uno al otro con "ese amor que es más fuerte que la muerte", sus corazones se entrelazarían para siempre y el hogar se convertiría en un pedacito del cielo.

"MI AMADA EMMA"

Lo que coronó el ejemplo de José Smith de lo que son las relaciones familiares celestiales fue la amorosa relación que tuvo con su esposa Emma y con sus hijos. Un contemporáneo del Profeta comentó que, después de "Por Dios y Su Reino", el lema de mayor importancia

para él era "Por la familia y los amigos" (The *Benjamín F Johnson Letter to Élder George S. Gibbs*, pág. 4). Ambos lemas se unían en la vida de José Smith, pues por medio de la experiencia y la revelación, se le había enseñado que no podría obtener lo uno (Dios y Su Reino) sin lo otro (su familia).

Desde los primeros días de su matrimonio aprendió que el éxito que pudiera lograr en la obra del Señor estaba directamente relacionado con la armonía que reinara en su hogar. Mientras trabajaba en la traducción del Libro de Mormón, un día tuvo un desacuerdo con su esposa, como todas las parejas jóvenes tienen de vez en cuando. Al volver al cuarto del primer piso que ocupaba en la casa de la familia Whitmer para continuar traduciendo, descubrió que no le era posible traducir, pues "todo estaba oscuro". Y no obtuvo el Espíritu del Señor para seguir la traducción hasta después de ir al bosque a orar suplicando perdón y regresar junto a su esposa para pedirle también a ella que lo perdonara (B. H. Roberts, *A Comprehensive History of the Church*, 1:130-131).

El Profeta había visto en una visión que el matrimonio debe perdurar por la eternidad; no es de extrañar, pues, que exhortara tan enérgicamente a los santos a amar a su cónyuge y ser cariñosos y fieles entre sí. El amor que él demostraba a su esposa e hijos era una evidencia de su firme convicción de que la familia puede ser eterna. Las personas que lo conocieron comentaban que siempre estaba pronto para aconsejar a los hermanos que cuidaran bien a sus respectivas esposas y que les advertía que si no lo hacían, no tendrían consigo a su compañera en la vida venidera. La hermana Lucy Walker Kimball escribió lo siguiente:

"El profeta José Smith se refería a menudo a los sentimientos que deben existir entre marido y mujer, diciendo que... debían ser... compañeros, en fin, en todo sentido el ser más cercano y querido de esta tierra el uno para el otro. Decía que el hombre debe tener mucho cuidado de la forma en que trate a su esposa... Y también decía que muchos-se quedarán muy desilusionados en la mañana de la resurrección porque, por causa de la

transgresión, no tendrán ni esposa ni hijos" (*They Knew the Prophet*, comp. por Hyrum L. y Helen Mae Andrus, Salt Lake City: Bookcraft, 1974, pág. 139).

Un hecho sencillo pero de profundo significado relacionado con el Profeta y su familia causó honda impresión en el joven Benjamín Johnson. Un domingo por la mañana este hermano se encontraba sentado conversando con el Profeta cuando dos de los niños del matrimonio Smith entraron en el cuarto, "tan lindos, inteligentes y cariñosos que José Smith, señalándolos, me dijo: 'Mira estos niños, Benjamín. ¿Cómo podría yo no amar a su madre?'

"Me pareció", continúa el hermano Johnson, "que ella era la reina de su corazón y de su hogar" (*The Benjamín F Johnson Letter to Elder George S. Gibbs*, pág. 4).

El Profeta ponía en práctica lo que predicaba, porque conocía la importancia que tiene una relación matrimonial llena de amor que perdure por la eternidad. Lo que sentía por Emma se revela en su forma de velar cuando ella estaba enferma, cuidándola, atendiendo a todas sus necesidades y orando por su salud. Lo que escribió en su diario el domingo 2 de octubre de 1842, dice, entre otras cosas: "Emma continúa muy enferma; me quedé con ella todo el día". El jueves 6 escribió algo que indica otra vez el amor que sentía por su esposa y la forma en que se preocupaba por el bienestar de ella: "Quiera el Señor devolverla muy pronto al seno de su familia, para que el corazón de Su siervo tenga otra vez contentamiento" (*History of the Church*, 5:167-168).

Quizás las expresiones y los ejemplos más tiernos del amor del Profeta por su esposa y sus hijos hayan sido los que surgían cuando se encontraba separado de ellos a causa de sus labores en la Iglesia, o de las persecuciones y los encarcelamientos ilegales que sufrió. Su corazón y sus pensamientos, estaban siempre con ellos, y expresaba el anhelo que sentía por tenerlos cerca. Incluso mientras se encontraba embarcado en la obra del Señor, una labor que amaba intensamente, el bienestar de su familia era su constante preocupación. En octubre de 1833 escribió lo siguiente, mientras se hallaba cumpliendo una misión en Nueva York y luego en Canadá: "Me siento muy bien,

porque el Señor está con nosotros. Pero estoy muy preocupado por mi familia" (*History of the Church*, 1:419). En una oración ferviente, él y Sidney Rigdon le expresaron al Señor esa profunda preocupación que tenían por sus respectivas familias, y recibieron la revelación que se encuentra en la sección 100 de Doctrina y Convenios, donde el Señor les prometió: "...vuestras familias están en mis manos... Por tanto, seguidme... consuélense vuestros corazones..." (D. y C. 100:1—2, 15).

Durante una misión anterior en la que había ido a Nueva York, José Smith le escribió una carta a su esposa describiéndole las magníficas experiencias que tenía en la gran ciudad; le hablaba detalladamente de los impresionantes edificios y de las grandes invenciones modernas. Pero su principal anhelo no era ver las maravillas del mundo, sino estar en su hogar.

"Después de haber contemplado todo lo que podía interesarme, regresé a mi cuarto a meditar y calmar mis pensamientos; y he aquí que de pronto me han invadido los recuerdos del hogar, de Emma y de Julia [su hija], y desearía estar con ellas aunque fuera por un momento. Tengo el pecho lleno de todos los sentimientos de amor y ternura que pueda tener un padre y esposo" (*The Personal Writings of Joseph Smith*, comp. por Dean C. Jessee, Salt Lake City: Deseret Book Co., 1984, pág. 253).

Las ocasiones en que se sentía más triste y solo era cuando se hallaba separado de su familia. Es de imaginar cuánto habrá sufrido al tener que vivir escondido o aislado cuando los populachos lo buscaban para matarlo. En una oportunidad en que los amigos lo llevaban de un lugar a otro para esconderlo, él insistió en que pasaran por su casa. Después de asegurarse de que no había enemigos en los alrededores, el Profeta entró corriendo en la casa, se arrodilló junto a las camas de sus hijos, pronunció unas breves palabras de oración por ellos, besó a los niños y a su amada Emma, y salió corriendo para dirigirse a un nuevo escondite (E. Cecil McGavin, *The Family of Joseph Smith*, Salt Lake City: Bookcraft, 1963, pág. 138).

Durante otro período de persecución en que tenía que vivir escondiéndose de los que procuraban quitarle la



Ya fuera que estuviese ocultándose de los populachos o encarcelado en sucias mazmorras, el amor que sentía por su esposa e hijos le servía de consuelo y le daba fortaleza.

vida, José Smith escribió una de las más conmovedoras expresiones de amor que un hombre pueda manifestar. A pesar de lo que debe de haber ansiado estar libre para disfrutar de la compañía de su esposa y su familia, hasta que cesaran las persecuciones tenía que conformarse con verlos secretamente y sólo por unos momentos. Después de haber recibido la visita de Emma en una de esas ocasiones, el Profeta escribió lo siguiente:

"¡Qué delicia indescriptible, qué gozo sublime, me inundó el pecho esa noche al tomar de la mano a mi amada Emma, mi esposa, la compañera de mi juventud, la elegida de mi corazón! Fueron incontables los ecos que se despertaron en mi memoria al contemplar por unos instantes las escenas de las muchas experiencias pasadas, los trabajos y dificultades, los pesares y aflicciones, las alegrías y los consuelos que de tiempo en tiempo han sembrado nuestro camino y coronado nuestros días. ¡Qué multitud de pensamientos me acudieron a la mente: Jella está aquí otra vez, aun en esta nueva dificultad —denodada, firme y constante—, mi inquebrantable y

amorosa Emma!" (*History of the Church*, 5:107.)

Ya fuera que estuviese ocultándose de los populachos o encarcelado en sucias mazmorras, el amor que sentía por su esposa e hijos le servía de consuelo y le daba fortaleza para soportar las penurias y volver al seno familiar. Sin duda, ese amor se intensificaba con los difíciles períodos de separación. Sus momentos de mayor felicidad eran aquellos en que tenía la libertad de estar con su familia. En su diario hay muchas frases como ésta: "27 de Marzo de 1834. Me quedé en casa y pasé un tiempo muy feliz con mi familia" (*History of the Church*, 2:44).

En la actualidad, muchas personas consideran que sólo pueden pasar momentos agradables y descansar si están lejos del hogar y de los suyos; sin embargo, en la relación y el amor que existían entre el Profeta y sus familiares encontramos una invalorable lección. En agosto de 1838, él manifestó que a causa "de las muchas fatigas y los arduos deberes" de la Iglesia, se había quedado en casa, con su familia, durante tres días para descansar y reanimarse (*History of the Church*, 3:55). Era esencial que él se destacara como esposo, padre, hijo y hermano para poder destacarse también como Profeta.

En nuestro mundo tan materialista, con su paso apresurado y las muchas presiones que sufrimos en el empleo de nuestro tiempo, es fácil dejarnos engañar en cuanto a cuáles son los asuntos que tienen mayor prioridad. Pero el ejemplo del profeta José Smith continúa enseñándonos que nuestra familia es lo que tiene mayor importancia, porque sólo en ella hemos de encontrar el verdadero gozo y es en su seno donde podemos prestar el servicio más grande.

Los logros del Profeta y la grandeza de su carácter son un ejemplo para todos nosotros. Pero un aspecto exclusivo de su grandeza —un aspecto que nos ennoblecerá si lo imitamos— es el que se expresa mejor en estas palabras sencillas, que a menudo se repiten en su diario: "Lo pasé con mi familia" (*History of the Church*, 4:550).

Brent L. Top es profesor adjunto de historia y doctrina de la Iglesia en la Universidad Brigham Young, de Provo, Utah.